

## CAPÍTULO V

### AGRESIVIDAD Y REBELDÍA

Escudriñando las explicaciones de un vasto grupo de autores, con la intención de ordenar nuestras ideas y distribuir al sucesión de pasos a seguir en el método de trabajo; analizando, definiendo y seleccionando los procedimientos, recopilando en cada oportunidad el dato más eficaz y practicando un examen de la información, para poder así arribar a la obtención del propósito en el presente estudio, nos topamos con un horizonte problemático al hallar complicado, dificultoso y extenso, intentar abordar el tema de la agresividad y la rebeldía.

Y en efecto, este asunto es materia de una desemejanza de ciencias; de ahí precisamente su complejidad, pues su campo de posibilidades y planteamientos se acrecienta y adiciona. Así encontramos que puede ser tratado como un fenómeno psicológico, social, o bien, puede ser considerado de manera específica en factores médicos, etiológicos, morales o como hecho político. En tales condiciones, pretenderemos sintetizar de manera que se logren reunir estos variados elementos, y constituir con todo un conocimiento científico que refleje las proposiciones sobre la agresividad y la rebeldía, basándonos en sus componentes constituyentes más elementales.

Ante tal afirmación, nos aventuramos a configurar una definición acerca de la agresividad. Aunque son tan variadas las opiniones de los especialistas, haremos una mezcla de ellos; sin tener desde luego la intención, por lo menos directa, de confundir, sino la finalidad de unir íntimamente esa diversidad de particularidades y conceptos, para fabricar una combinación más general.

La agresividad se presenta como un desajuste de tipo psicológico, provocador de conductas verbales o motrices; de comportamientos hostiles por parte de un individuo, ya sea sobre otros, con quienes convive permanentemente, o tiene nexos espontáneos, o bien, sobre las cosas a su alcance. Esta conducta puede manifestarse en grados de diferente intensidad como veremos más adelante. A pesar de que los dedicados a esta exploración: médicos, psiquiatras, psicólogos, so-

ciólogos, pedagógicos y antropólogos, no han logrado una aproximación de coincidencia en sus dictámenes podemos decir que la afirmación de Cannon concilia la descripción de los demás, cuando habla del proceso que se suscita en el momento de experimentar la tendencia agresiva y ocurre —dice el autor—: “una serie completa de cambios bioquímicos y fisiológicos, bajo la influencia del sistema nervioso simpático y de las glándulas adrenales”. Estos cambios preparan al organismo para hacer frente a situaciones problemáticas y de apuro, pues lo condicionan a un desarrollo intenso de funcionalidad. Recordemos cómo ante la aplicación de algunos fármacos, con las anfetaminas y antidepresivos, se generan alteraciones en el sistema central, modificando su ritmo. En la manifestación agresiva y en el uso de estupefacientes, existe una alteración cerebral; ambas actúan sobre el sistema límbico, en algunas de sus estructuras como el lóbulo temporal, creando desorganización de las neuronas y produciendo en la agresividad: fortaleza, agilidad y energía, y en el caso de enervantes como depresivos, anfetaminas y cocaína, la falta de control en las emociones y la presencia de alucinaciones. Nuestro mencionado autor Cannon, nos dice respecto a nuestro comentario anterior que:

Esas situaciones de apuro incluyen la liberación de glucógeno del hígado, el que en forma de glucosa puede ser empleado como fuente de energía, en la eliminación más rápida de los productos de la fatiga, en la coagulación de la sangre, de forma que las heridas son menos peligrosas, en el momento en que la sangre actúa desde el sistema digestivo hasta los músculos para que éstos trabajen más eficazmente, etcétera. El resultado general de esos cambios es en presencia de un enemigo, pudiendo el organismo responder con inusitada energía durante un periodo largo. Esos cambios se dan también cuando se siente temor y excitación; constituyen una base orgánica de la conducta emocional violenta en general.

Tomando en cuenta lo referido, tendremos fijada esta idea: la agresividad, en sentido negativo, está conformada por una conducta dispuesta a la ofensa, a la hostilidad y al ataque, eliminando la posibilidad o tendencia a eludir los peligros y dificultades, es decir, un organismo se prepara en la voluntad y capacidad para hacer factible el impulso y el comportamiento arrasador; sin embargo, puede ser visto positivamente, si consideramos la existencia de la agresividad como una característica fundamental en todo ser viviente; siempre y cuando se le deje aflorar en el momento y lugares adecuados, donde

no lesione la buena comunicación, el afecto y la salud, tanto física como mental de los demás.

Mucho se ha afirmado respecto a la propensión innata, independiente e instintiva de la agresividad en el hombre. No hay una base firme ante tal afirmación, sin embargo, los freudianos creen en la existencia de una agresividad dentro de nosotros, inconfundible, aunque con frecuencia en estado latente, a lo que llaman el *tanatos* o instinto de la muerte. Este instinto puede expresarse durante la infancia en hostilidad hacia el padre para dirigirse más tarde al grupo social; es estimulada por los controles y las inhibiciones productoras de la frustración, disparándose luego en un deseo de desquite.

Dentro de este reconocimiento de la agresión como parte de la naturaleza del hombre, nos viene a la mente la tarea diaria de los seres vivos para su preservación. No vayamos lejos y utilicemos los comportamientos de la natura en los animales; ahí encontraremos a las aves reunidas en parvadas, a las hormigas en núcleos y a los insectos en colonias, manteniéndose cada uno de estos grupos separados. Tal división está sostenida por mecanismos de agresividad, misma que se proyecta casi siempre hacia afuera de la familia social, extracolonia. Así vemos cómo un extraño a la parvada es objeto de hostilidad y amenazas de parte de los miembros; o aquel intruso que osare tan sólo acercarse al nido de una pareja, tanto el macho como la hembra tendrán expresiones de agresividad por el amor a sus productos y a la supervivencia; la hormiga ante la cercanía de un obstáculo, se prepara para atacar o de plano ataca levantando su cabeza y abriendo sus tenazas para ejercer presión y así morder y sujetar al enemigo; la abeja también instintivamente amenaza y ataca, exclusivamente para su defensa, por medio del aguijón con el que pica.

Lo mismo sucede con los mamíferos. Sus luchas intraespecíficas se presentan también abiertas y con un despliegue de violencia por el uso de armas potencialmente peligrosas: sus dientes, garras y fuerza que son herramientas de la agresividad. Las luchas ocurren cuando hay aglomeración en la manada, desequilibrio entre los sexos y apiñamiento; otorgando la sensación de pérdida de libertad con lo cual dispara o aumenta la agresión.

Todo ello nos demuestra que adherida a la naturaleza está la agresividad en diferentes grados y sentidos; sólo basta la motivación, al arreglo o preparación ambiental para que surja la postura defensiva generada por ese innato impulso de agresividad. En otras palabras, la tendencia a la superioridad o a ganar ascendiente sobre los demás, expresa esa confirmación natural del ser para manifestarse en deter-

minados momentos agresivo, es decir, se va adaptando según resulte oportuno para alimentarse, reproducirse y defenderse.

Arnal Klopper, en las páginas de la *Historia natural de la agresión*, nos comenta el fundamento fisiológico de ésta al decir:

La mayoría de las reacciones endócrinas concernientes a la agresión, implican la mediación de las suprarrenales, donde intervienen dos hormonas, y posiblemente tres: adrenalina, noradrenalina y dopamina. Cuando se considera las suprarrenales, se encuentra uno con dos glándulas fisiológicamente separadas: la corteza y la médula; esta última produce una inmensa diversidad de hormonas, como la cortisona, cuyo papel en la agresión es afectar el metabolismo de los carbohidratos.

Esta opinión está sujeta, desde luego, a establecer en qué grado las hormonas son las causantes del estado emocional agresivo, puesto que intervienen otros mecanismos y resulta complicado determinar, o distinguir los efectos de cada fenómeno participante.

Consideramos provechoso insistir en un enunciado anterior, quizá porque es el de mayor interés para nosotros, con el propósito de fijar uno de los tantos caminos y factores de la agresividad. En tal condición, recordamos que la agresividad no controlada o conducida, trátese de agresiones primarias, angustia, temor, frustración, crueldad o destrucción, tienen un origen emocional, de un estado mental patológico. Los psiquiatras hablan de un colapso mental, ya sea en forma de enfermedad neurótica, ruptura psicótica con la realidad, o comportamiento antisocial, producida por una tensión emocional creciente y cuyas causas pueden ser diversas. Dice Denis Hell: "La tensión emocional es desagradable, trae angustia y conflicto de motivos y adquiere tal gravedad que el paciente pierde la esperanza y se siente abandonado. La frustración de necesidades con el consiguiente despertar de la agresión."

Aprovechamos, al hablar ahora sobre la agresión como una enfermedad cerebral, para enunciar que en los trastornos de la inteligencia se presentan varios niveles: entre los más usuales está la idiotez, a la que corresponde una edad mental de tres años; la imbecilidad, cuya edad no rebasa los siete años y el deficiente donde se puede alcanzar hasta diez años. En el primer grado, cuando se trata de un idiota total, podemos asegurar la falta de recursos para reacciones agresivas o cometer algún daño; en cambio, en el incompleto, se presentan frecuentemente alteraciones con características de agresividad a base de

impulsos psicomotores; el imbécil siempre se conduce con inestabilidad causada por la falta de desarrollo mental y se aconseja su internación. El débil mental por regla general no cuenta con perversiones y por lo tanto su agresividad será primaria; en cambio, en el perverso inteligente son temibles y requieren de especial cuidado pues tienen dominio de sí mismos, estudian y preparan sus intenciones y por ello cuentan con recursos para comportamientos agresivos graves.

Ante las explicaciones que se nos han dado, encontramos ratificada nuestra afirmación inicial, respecto a la amplia gama de ángulos a referirse en el estudio de la agresividad; sin embargo por medio de tesis médicas, sociales, psicológicas y naturalistas, hemos recibido la impresión de que la agresividad humana no está al mismo nivel que la de otras especies, sino que es más cruel y destructiva. Ya vimos cómo en ciertos animales brota su instinto agresivo en condiciones de supervivencia, de defensa, es decir, se explica por el desequilibrio ambiental producido por el hacinamiento, la limitación alimenticia, o el desajuste sexual; en cambio el hombre engendra agresividad, pudiendo sentir satisfacción o placer, al volcar su hostilidad contra otro ser u objeto; por regla general parece sentir gusto en afectar o destruir y la mayoría de las veces su finalidad va más allá de la defensa o de obtener lo necesario.

Para ilustrar esta secuencia de principios, tesis y comentarios, hemos juzgado pertinente mencionar una clasificación, por cierto muy amplia, respecto de la agresividad, tomando en consideración su intensidad, su sentido y las condiciones concurrentes. Esta división de la agresión, según su forma de manifestarse, la fincamos en la realizada por Erich Fromm, por estimarla profunda, pero sencilla y por lo tanto muy clara para nuestro interés.

La separación utilizada para el estudio de la agresividad está basada en la distinción trascendente de la agresión biológicamente adaptativa y la no adaptativa; la primera bautizada como agresión benigna y la segunda como maligna. En cuanto a la inclinación a producir un daño a otros seres o cosas, lo cual entendemos como agresión según su origen, la ha catalogado este autor en las fórmulas enunciadas, las cuales concibe con el carácter siguiente:

La agresión biológicamente adaptativa es una respuesta a las amenazas, a los intereses vitales, está programada filogenéticamente; sólo es característica del hombre, es biológicamente dañina por socialmente perturbadora, y sus principales manifestaciones son pla-

centeras sin necesitar más finalidad; y es perjudicial no sólo para la persona atacada sino también para la atacante.

La agresión maligna, aunque no es un instinto, sí es potencial humano que tiene sus raíces en las condiciones mismas de la existencia humana. La distinción entre la agresión biológicamente adaptativa y la agresión biológicamente no adaptativa, debe ayudarnos a aclarar una confusión en todo lo relativo a la agresividad humana.

Fromm subdivide a la primera figura, la denominada agresión biológicamente adaptativa o agresión benigna, en agresión accidental, agresión por juego, agresión autoafirmadora y agresión defensiva; compuesta por el análisis de la subsecuente temática; agresión y libertad, agresión y narcisismo, agresión y resistencia, la agresión instrumental y las causas de la guerra.

En cuanto a la agresión biológicamente no adaptativa o agresión maligna, nos hace referencia a su naturaleza y fracciona su investigación en raigambre, efectividad, excitación, estimulación y depresión crónica de aburrimiento. Dentro de la agresividad maligna nos habla de la destructividad, entre algunas formas la vengativa y el éxtasis; así como el sadismo y la necrofilia.

En la clasificación de la pseudoagresión encontramos aquellos actos agresivos provocadores de un daño sin tener la intención inmediata de producirlo. Así aparece en el primer plano la agresión accidental o no intencional, es decir, cuando una persona sin desear, suponer o prever un resultado lesivo, lo genera por una conducta agresiva inconsciente, o bien, una conducta agresiva practicada con descuido, este es el ejemplo más claro de pseudoagresión.

La agresividad por juego, a diferencia de la anterior, sí busca superar o en un momento dado eliminar y sacar fuera de combate a otra persona; sin embargo, no engendra odio ni intención de dañar. Es la concurrencia de ciertos factores como la destreza, la condición física y mental, el arte, la fuerza, la velocidad, la intuición, etcétera, de un hombre practicante de algún deporte y que pretende lograr una victoria sobre otro para lo cual se ha preparado, pero en su finalidad de superar al contrario no está la meta de causar un perjuicio, sino simplemente ganar; claro está que cuando un deportista no se encuentra emocionalmente estructurado ante una inminente derrota, puede adoptar comportamientos agresivos, pero esta situación se presentaría fuera de la competencia regulada por normas, es decir, fuera del juego, pues la calidad de éste se perdería en el mismo momento de surgir la hostilidad.

La agresión autoafirmadora, es una agresión compuesta por el desarrollo natural del hombre, no aparejado al funcionamiento y a las actividades propias del individuo. El concepto de agresión afirmativa parece tener conexión, como lo habíamos anunciado, con las hormonas, pues mucho se ha dicho que éstas tienden a engendrar comportamientos agresivos. En muchas de las actividades naturales del hombre, se requiere de un cierto actuar agresivo, porque es indispensable; tal ejemplo lo tenemos en el momento de vinculación sexual: el hombre y la mujer se impulsan, van hacia adelante; en el caso de la hembra virgen, el macho debe ser capaz en su funcionamiento sexual de atravesar y romper el himen. Esta actuación forma parte de la pseudoagresión, pues es un acto agresivo que puede perjudicar sin intención de hacerlo.

La agresión defensiva es en definitiva biológicamente adaptativa. Ya se explicó cuando narramos las expresiones de la agresividad como función innata de animales y del hombre, pero podemos recordar brevemente que esta actitud está encaminada a eliminar los peligros y obtener lo indispensable para vivir; el hombre como los animales está dotado para reaccionar de manera agresiva cuando se ponen en juego sus valores fundamentales; tales como su vida, su familia, sus bienes, su libertad y su integridad física.

La agresión y libertad es parte de la agresividad defensiva. Es inquestionable la jornada permanente del hombre a lo largo de la historia luchando por su libertad; nosotros, nuestra sociedad, seguimos batallando por conservar lo ya logrado y acrecentar en mayor medida esa libertad, ese derecho natural del hombre; de tal suerte que la humanidad ha sido combatiente de sus opresores, de los amenazantes de este interés vital, de ese deseo de libertad; ese combate y esa inclinación a la libertad, elabora una reacción biológica en el organismo, el cual sorpresivamente genera agresividad y violencia para romper el cerco que priva de libertad.

En cuanto a la agresión y narcisismo, se ilustra en este sentido; el narcisismo es una expresión plena donde el individuo experimenta el interés y la trascendencia de su persona, de sus intranquilidades, de sus deseos, de sus necesidades, de sus pensamientos y cuando acuden otro tipo de condiciones ajenas a la persona, no son valederas, no tienen importancia, salen sobrando; pues el narcisista está plenamente cierto y convencido de su personalidad y lo que ésta encierra, siendo para él lo único con valor, o digno de tomarse en cuenta; llega a tener la sensación de superioridad sobre los demás, de que sus realizaciones son las mejores, por ende, cuando alguien o algo atenta

contra ese narcisismo, se está amenazando algo vital para la persona. Ante el desdén, la burla, la corrección, la crítica, el desprecio o la falta de atención para él, la reacción del narcisista es poner en juego su actitud agresiva y buscará contender con quien lo hirió en sus sentimientos de supremacía y perfeccionamiento, y aun cuando no lo manifiesta, siempre estará atento en cualquier oportunidad de vengarse.

Para ilustrar la agresión y resistencia, podemos decir que el comportamiento agresivo resulta cuando se reprimen afanes o metas perseguidas. Cuando el sujeto durante un lapso de tiempo ha permanecido en la expectativa de lograr algo, pero este algo no se presenta, entonces acude la agresividad para diluir el temor a la frustración o la propia humillación por los anhelos reprimidos, atentadores de la confianza en sí mismo y el menoscabo de su amor propio.

La agresión conformista se configura por la ausencia del agresor cuando se le sugiere u ordena ejecutar un acto destructivo o lesivo; es la plena aceptación de una indicación. El conformista está seguro de su compromiso a obedecer, ante la posibilidad de ser considerado por sus compañeros como desertor, traidor o miedoso. Es el grupo, o una estructura, el que impele al sujeto a obedecer y cometer un daño, motiva su agresividad y conformidad, de tal forma que al ejecutar la orden, se pone satisfecho por el beneplácito de sus camaradas. Fromm nos lo recuerda en un pasaje bíblico, cuando Abraham estaba dispuesto a matar a su hijo por un deseo o mandato del ser supremo y él se conformó y obedeció.

En cuanto a la agresión instrumental como parte de la agresividad adaptativa, se nos dice que está circunscrita en los términos necesidad y deseable. La agresividad aparece como instrumento para obtener lo deseado o lo necesitado; su fin básico no es la destrucción como tal, y aun cuando parece semejante a la agresividad defensiva, se le otorga una distinción al comentar que, de la agresividad para subsistir se está dotado, es decir, el comportamiento es innato; en cambio, en la instrumental, no se encuentra una base filogenética sino que se establece en la experiencia y el aprendizaje.

Las causas de la guerra se consideran como una agresión instrumental; por tanto, se rechaza la posición de creer que la guerra es producto de la agresividad innata del hombre. Para explicar las causas de la guerra, se le da importancia a factores como la tendencia aventurera del ser humano, el romper las monotonías, y los hábitos cotidianos, la excitación de poner en riesgo la vida, la tradición de un pueblo guerrero, de sus familias amantes de la milicia, las prácticas

expansionistas y acaparadoras de tierras, poder, consumidores, riquezas y abastecedores de materia prima; es decir, la guerra enfrenta a un pueblo conquistador o imperialista con otro defensor.

Tales condiciones producen una frustración causal de la agresividad, agresión de consecuencias graves como lo es el genocidio; produciéndose un enlace entre conductas paranoides individuales y una psicosis bélica popular. Ya visto el mundo de la agresividad biológicamente adaptativa, funcionando al servicio de la sobrevivencia, describamos la esencia de la agresividad biológicamente no adaptativa o agresión maligna y encontraremos inicialmente que ésta es específicamente humana; sólo el hombre, a diferencia de otros animales, es el único en sentir placer por agredir, destruir, hostilizar, matar o torturar, sin obtener ningún beneficio.

Cuando pensamos en la técnica, y en la ciencia como instrumentos del hombre para acercarse sus satisfactores y así restringir actitudes agresivas y poder desplazarse sin lesionar a los demás por cólera, hostilidad verbal, o violencia física, nos topamos con una realidad poco halagadora. La historia de la humanidad nos demuestra que en muchos pueblos, al alcanzar altos niveles culturales, sociales y de poderío, se retroinviertieron sus estructuras y valores en olas sangrientas de odio, violencia y en sistemas de vida degenerada, hasta vertir ese cúmulo de agresividad en contra del propio hombre. Esta es la razón de altas tasas de suicidio.

El hombre como ser racional, capaz y social, es modificable, sensiblemente modificable. Puede permanecer en un ambiente, satisfaciendo necesidades existenciales, como el amor, el cariño, la ternura, la libertad, la justicia, la independencia, la salud y modificar ese ambiente rápidamente y caer en el odio, la venganza, la destructividad, el sadismo, el masoquismo o el narcisismo; es decir, está propenso a un proceso de cambio en sí mismo con la participación de las pasiones del carácter y consecuentemente, como algo no instintivo, deviene la agresividad por la radicalidad de estos trastornos.

Aparejada a la agresividad maligna está la raigambre consistente en el enfrentamiento a las realidades de la vida, es decir, cuando el hombre, habituado a un comportamiento, tiene que variar sus condiciones y recursos para salir adelante y progresar; encontrando nuevos caminos, separándose de los vínculos originales. La transición entre la liberación de lo pasado y el nuevo actuar con esfuerzo provoca experiencias de tipo agresivo.

El hombre es un ente con afección a la afectabilidad, pretende siempre ser reconocido como capaz de hacer algo bien, o hacer mella en

alguien; cumplir con eficiencia, competir ante la provocación de un sentimiento de imitación, que muy a menudo coloca al individuo frente a labores que otros han realizado con éxito. Cuántas veces el hombre actúa motivado por un espíritu de competencia cuando piensa: "si tú lo haces, yo también lo haré... pero mejor"; y ¿qué resulta cuando no cuenta con recursos, aptitudes o destreza? ¿qué, cuando es impotente?, pues justamente se abruma y puede volverse agresivo.

También se ha estudiado la excitación, la estimulación, la depresión crónica y el aburrimiento; porque estos estados pueden generar condiciones destructivas. El principio sustentador de esta tesis se presenta al asentar que el sistema nervioso debe ejercitarse, o sea, tener excitaciones y estímulos al igual que descansos. Cuando el hastío hace presa de un hombre, éste busca un rompimiento de ese ánimo. Frecuentemente su recurso es la excitación o someterse a ciertos estímulos, respondiendo en rasgos agresivos contra el aburrimiento o cansancio.

Además, es anormal la falta de reacciones por estímulos aplicados, pues puede tratarse de un enfermo, o sea, una persona aburrida tratará de encontrar razones y estímulos que modifiquen su ánimo y consecuentemente su sufrimiento.

La agresividad vengativa es una muestra de la agresión maligna, de la crueldad y se expresa como una reacción espontánea contra el dolor o perjuicio sufrido por otra agresión injustificada. Esta figura puede confundirse con la defensiva, pero resulta que en la vengativa el daño ya se ha sufrido y la defensiva es repulsa a una amenaza o conducta encaminada a comprimir un bien. Otra distinción la podemos hallar en que la primera es más cruel y de mayor intensidad.

El sadismo, cuyo autor fue el francés Donatien Alphonse François, marqués de Sade, se ubica en la perversión sexual, o sea la satisfacción de la excitación sexual al torturar a un ser querido y muchas de las veces sustituyendo los caminos idóneos de la relación sexual por otros aberrantes. Este término ha ido utilizándose en otras esferas y así hoy es aplicable al goce del sufrimiento ajeno.

Freud sostenía que los orígenes del sadismo se encuentran en la agresividad. Así como el masoquismo, o dolor en carne propia, se pretende la excitación y el alivio al causar daño a otra persona o a sí mismo, muchas de las veces la persona dirige su ataque hacia el objeto del cual espera una satisfacción y al negársele surge la frustración, si ésta se repite, el sujeto va programándose y estableciendo un mecanismo para anticiparse a ella y no sentirla; es aquí cuando nos percatamos de la agresividad, el llamado instinto de muerte por

Freud, como única razón aceptable para el sadismo, el masoquismo y el suicidio, y en general, para todas las tendencias destructivas irracionales. Resumiendo podemos decir que la agresividad es básica en el desarrollo del sadismo; es reactivo primordial y tendiente a hallar placer en el dolor y el sufrimiento de otros seres a quienes pretende obligar totalmente, convirtiéndolos en cosas, en objetos de control, a los cuales, el sádico los sojuzga y avasalla presentándose como su amo, o bien puede aparecer este sentido a la inversa, es decir, el caso del masoquista, cuya perversión se encuentra en excitarse por medio del insulto y sufrimiento en su persona.

Se ha pensado que el sadismo es una perversión más común en los hombres y el masoquismo en las mujeres, sin ser de mucha confiabilidad este dato.

Una expresión aguda de la agresión maligna es la necrofilia, en donde se desarrolla una pasión franca y brutal, un amor profundo por lo muerto. La necrofilia es el deseo de estar, manejar, sentir o contemplar de cerca los muertos y destrozarlos o mutilarlos; consecuentemente se es amante de las tumbas o de los objetos relacionados con los cadáveres, se ansía tocar o aspirar su olor. Esta perversión se describe también en los códigos penales, al establecer tipos delictivos como la profanación de cadáveres. En tales condiciones queda manifiesta la concurrencia de la agresividad plenamente, pues ésta es la impulsora y realizadora del comportamiento necrófilo, al procurar desmembrar o utilizar para desahogos sexuales o comportamientos eróticos a los muertos, incluso hasta llegar a la necrofagia. En esta perversión se tiene registro de casos insólitos y de un derroche de agresividad, donde precisamente todo trato idóneo o adecuado se practica inversamente, sobre todo en los deseos o excitaciones sexuales.

Al dar por terminado el desarrollo de la clasificación, podemos asentar un principio demostrado y existente: la variabilidad de la personalidad y los diversos tipos definidos en grupos e individualidades. Al hablar de variantes en la personalidad, hacemos relación a los comportamientos agresivos ya referidos: conductas positivas, es decir, el hacer, dar, mover, proponer; pero también pensamos en la posibilidad de conductas negativas o pasivas, entre las que encontramos dos tipos; el pasivo-agresivo dependiente y el pasivo-agresivo.

En el caso inicial, el pasivo-agresivo dependiente es una manifestación de ausencia de confianza en sí mismo. El individuo que presenta esta conducta es inseguro y duda de sus propios actos, tiene temor a realizarse, a desplazarse, se siente angustiado, desamparado y es indeciso, irresponsable e infantil, ante esa impotencia busca el

apoyo de los demás y para lograrlo o disfrazar su condición se escuda en actitudes de indiferencia y hostilidad; pero por su misma dependencia, esta hostilidad es inconsciente y primaria cubierta por la timidez y la pasividad, porque necesita que los demás lo aprueben y estimulen. Tales individuos rehuyen la expresión de agresividad y se apartan o retroceden ante cualquier situación amenazante.

El pasivo-agresivo contiene destellos de agresividad de naturaleza generalmente defensiva, pero se expresa pasivamente en forma de humor, terquedad, obstinación, retrasos e ineficacia. Son las personas que siempre están insatisfechas, todo para ellos es negativo, o de lo claramente positivo tienen que buscar el lado oscuro; trabajan mal, son pésimos compañeros y pretenden a toda costa, por encima de todo, centralizar en ellos toda la actividad, lo que provoca lógicamente la falta de coordinación, pérdida de alientos y deseos de servir o construir, llegando a ser autores de un efecto desmoralizante en el grupo copartícipe de una responsabilidad. El cuadro clínico de este agresivo, quizá el más peligroso, por su ocultismo y disimulo, es el de comportarse temeroso y con una hostilidad encubierta, intrigante, pues, es amante de los enredos; siempre es dominante, rígido, rechazante, exigente y difícil de complacer. Con poca fortuna, este tipo agresivo-pasivo nos lo encontramos con frecuencia; lamentablemente causando, con esa agresión disfrazada, mucho daño y sufrimiento a quienes le rodean.

Desde el horizonte de la criminología se han elaborado muchas teorías, resultantes de asimilación de otras tesis pero sin llegar a una definición convencedora; se han hecho estudios en homicidas y se han mencionado como causantes de la agresividad trastornos biológicos como la inflamación de la tiroides, la hipoglucemia, en general las anomalías endocrinológicas. Recordemos también los estudios de César Lombroso dentro de la antropología criminal manejada en su libro *El hombre delincuente*, publicado en 1876, donde afirma que el hombre criminal, violento, es un ser atávico con regresión al salvaje; o bien las investigaciones de Giuseppe Vidoni, enfocada al funcionamiento de las glándulas de secreción interna, de donde proviene el nacimiento de las tendencias delictuosas o agresivas. Pero muchos sustentaron como Enrique Ferri, o sostienen como Franco Ferracutti que las características interiores del sujeto no son suficientes para explicar los comportamientos agresivos; no en factores personales, sino en el medio ambiente social exterior es "donde, por ahora, debe buscarse la llave de la agresividad".

Socialmente ya hemos notado una proclividad del hombre a desconfiar de otros grupos; en ocasiones, a miles de ellos sin tener mediana o poca relación, o ni siquiera conocerlos. La razón de esto, es que el humano integra una organización cuya meta es competir y volver a competir para ascender, para saciar su ambición y el esfuerzo por aumentar su poder; con ello se convierte en opresivo y despiadado, agresivo y exterminador para desplazar a cualquiera, así sean miembros de su familia.

La superación a costa del perjuicio ha sido la característica de las guerras y persecuciones. Durante la historia lo importante han sido las dosis de agresividad para dominar y ganar el liderazgo. En el hombre surgen y emanan paradójicamente sentimientos de afecto y solidaridad y categóricamente es el más agresivo e implacable.

En el individuo adicto a las drogas podemos describir cambios de personalidad, siendo en ocasiones perceptibles. Llegan a un escape pero también a una dependencia, provocándose fuerzas poderosas, las que significan el arribo de una antisocialidad; así aparecen los robos, las protestas, la violencia y el rechazo de la autoridad; por otra parte, se manifiestan estados de angustia, agitación e inquietud. Si se utiliza una frecuencia de una a tres veces por semana en la toma de droga, como el *hashish*, se producen manifestaciones psicopatológicas ocasionalmente, tales como reacciones agudas de pánico y psicosis.

La agresividad es natural y normal en todo ser humano; sin embargo, cuando ésta es irracional o ilógica, hay que pensar en la existencia de un proceso más o menos largo de frustración infantil o juvenil, en la despreocupación o sobreprotección paterna, la que es generadora de diversos estados emocionales negativos como la tristeza, la sensación de impotencia, de defraudación o pérdida de la confianza depositada en otras personas, la falta de seguridad en sí mismos, desembocando en proyecciones agresivas concretas.

La agresión puede ser manipulada y controlada. De aquí la importancia de una buena observación, por parte de las disciplinas concurrentes, al estudio de la personalidad; de la adecuada aplicación de los tests psicológicos para determinar la conflictiva y los problemas individualmente, así como del tratamiento prescrito; para que con las técnicas reeducadoras, tales como la pedagógica, la ocupacional y recreativa, se permita un desenvolvimiento normal en actividades idóneas para eliminar los residuos de agresividad. En todo caso, si la agresividad es únicamente del ser humano, debemos modificar su sentido, pues al hombre no se le podrá cambiar. Por otra parte, este

comportamiento auxilia a la conservación de un cierto equilibrio de la misma naturaleza humana y así vivir en mejores condiciones.

No somos partidarios de justificar la comparecencia de la agresividad por tratarse de un fenómeno innato y con rasgos de autonomía en la esencia y temperamento del hombre, sino más bien, adoptamos la postura de implantar mecanismos, instituciones y terapias adecuadas en cada caso para la búsqueda del ambiente y convivencia pacífica, es decir, minimizar la hostilidad humana y no renunciar a la esperanza de un mejor modo de vida, al evitar, con la reducción y atenuación de los comportamientos agresivos, lesionarse a sí mismo y dañar a los demás.

Hemos visto, aunque de manera fugaz, temas vinculados con la apasionante zona de estudio de la agresividad. Ahora pasemos a prescribir aspectos referentes a la rebeldía.

Tuma y Livson realizaron una investigación acerca de la conducta de los adolescentes, de su relación con la autoridad y de su necesidad de autonomía en diversas clases sociales. Compararon un grupo de 19 varones y 29 mujeres sometidos a observación desde los 21 meses a los 18 años. Examinaron la actitud de esos muchachos frente a la autoridad, basándose en una escala de cinco niveles, a los 14, 15 y 16 años y en tres situaciones diferentes: en la escuela, en la familia y en un grupo de compañeros.

En general, los muchachos mostraron más sumisión que las muchachas, de manera significativa a la edad de 16 años, en lo que se refiere al grupo de compañeros. El grado de conformidad en las chicas aumenta con la edad; con los varones pasa lo contrario. Entre los muchachos la diferencia de conducta varía mucho entre distintos ambientes socioeconómicos. Cuanto más bajo es el nivel tanto más se muestra sumiso y acepta la autoridad pues la obediencia representa en realidad un valor para él. Los autores explican la influencia de la clase social por el hecho de que los padres de clase media valoran la independencia, el control de sí mismo, la curiosidad; en cambio, la clase obrera insiste en la limpieza y obediencia (se puede pensar también que el espíritu de competición y de mejorar dentro de la escala social sean más estimulantes en la clase media).

La rebeldía la comprendemos como una lucha por la autonomía, en cierta manera, cuando el niño y más aún cuando el joven se percata de su desarrollo intelectual, de la adquisición de nuevos elementos, de la metamorfosis, de su personalidad y nuevos pensamientos, sus posibilidades de independencia aumentan; ahora él puede planear, pensar, tener seguridad en sí mismo, manejar conceptos, unir proposiciones y

sacar conclusiones; en este camino va ofreciendo resistencia a medidas, reglas y costumbres establecidas para él en su hogar, su escuela, con sus amigos, pues su pensamiento le convence de que antes otros eran superiores, más listos, inteligentes, o más fuertes, y ahora esa distancia se ha acortado hasta estar seguro de sí mismo y colocarse en tal nivel que le permite discutir con los padres, maestros, amigos mayores, con el entrenador del equipo y hasta con el agente representante del Estado.

El joven acude normalmente a un proceso de sociabilidad; es decir, la búsqueda de un *socius*, un compañero y su incursión a un grupo, de tal forma que los jóvenes espontáneamente se unifican formando la pandilla, la banda, el *gang*, las asociaciones y sociedades, algunas veces incluso poco relacionadas con el grupo social. Aquí empiezan a vivir con relaciones interpersonales y a participar en grupo; por lo tanto, aprende y desarrolla el deseo de convivir y la aptitud de vivir con otros.

A la sociabilidad hay que distinguirla de la socialidad. La última designa la tendencia impulsora de ser humano hacia otro, la cual aparece a temprana edad; en cambio, la primera es capacidad y aptitud para desarrollarse y convivir con los demás, fruto de una comprensión y simpatía consistente en compartir las experiencias, vivencias y sentimientos con las otras, en disfrutar y amenguar las alegrías y las penas, en auxiliarse y apoyarse mutuamente y en la facultad de colocarse uno en el lugar de otro.

Así, pues, el joven va adentrándose a la conciencia de un vínculo con otros miembros de una sociedad, un vínculo que lo une a la estructura mantenida por determinados valores y por los fines y objetivos de la sociedad. Ante tal cuestión el joven adopta su postura y su decidida convicción de luchar por obtener un lugar en esa agrupación social; es cuando se rebela ante las situaciones o contra las personas que lo tratan como un niño, pues él ya no quiere ser niño; cuando habla, lo hace enfáticamente, con acento recio para hacer sentir la terrible seguridad de sí mismo, narra sus hazañas amorosas o deportivas, sus batallas con los maestros o las bromas ingeniosas de su ocurrencia, fanfarronea y describe sus planes y en medio de todos estos pasajes está presente la palabra yo. El joven en este proceso teme al menosprecio y al poco interés por él; así aparecen las palabras malsonantes, las maldiciones, la bebida y el cigarro, todo encaminado en gran parte a llamar la atención. Sin embargo, detrás de todo, existe todavía una falta de madurez, pues el adolescente no es nada todavía, su voluntad no es firme, su juicio inseguro, es un pretendiente,

pero en su pretensión por la autonomía o su independencia se muestra su rebeldía, la no aceptación o no acatamiento a reglas que lo normarán; así aparece en el adolescente un sentimiento de repulsión para sus padres quienes lo han conducido hasta ese momento, quienes le determinan su vida y de los cuales depende, se rebela contra ellos, los desobedece y contradice teniendo en su interior la vivencia de lo "mío", "el único" y "mi propiedad", pero resulta que el padre tiene el mando, él da dinero para todo lo necesario, decide el orden y es consultado en todo y cuando el adolescente tiene sus primeros amores, sus padres lo vigilan. El resultado es la rebelión, pues el joven se siente encerrado en un ambiente incomprensivo, encontrando así, sus primeras decepciones.

La rebeldía es por regla general normal y propia de la pubertad y adolescencia; se establece en la búsqueda del propio ser o individualidad, cuando, habiendo estado sujeto durante su infancia a sus padres, comienza a despertar su valer por sí mismo; su adaptación a la realidad resulta difícil, de esto emana la expresión de rebeldía no sólo en la familia sino en el contexto ambiental vinculado con el adolescente, y esta oposición a principios y normas, en algunos casos muy limitados venturosamente, se transforma en hechos antisociales.

No creemos en la posibilidad, por lo natural de este fenómeno, de poder ayudar seriamente al joven; sin embargo, el hacerle sentir o vivir en un medio espiritual bueno, le producirá sentimientos de gratitud y ya contando con la aceptación amistosa, investigar en qué momento el adolescente inició su contacto social entre los adultos para que en ese recodo de su camino, prestarle la ayuda reforzándolo con estímulos y experiencias, eliminando en la medida posible sus perturbaciones, permitiéndole ejecutar su tendencia a luchar por medio de sus argumentos y discusiones, desde luego, en terrenos flexibles y cordiales, es decir, no peligrosos; haciéndole sentir lo importante de su opinión.

Al final de esta etapa, donde el joven lucha por su independencia, caerá en una interdependencia debiendo atender a impulsar la transformación del "yo" por el "nosotros".